

Una religiosidad juvenil indígena

*Ricardo Falla, sj**

Cuando digo “una” religiosidad, doy a entender que hay muchas religiosidades que se expresan actualmente en la juventud indígena de Guatemala. Aquí voy a describir los rasgos propios de un área que se encuentra al norte del departamento del Quiché, en Ixcán.

La población indígena de esa región es proveniente de diversos municipios del altiplano. Bajó a esa región de montaña a colonizarla a mediados de los años de la década del 60 (1960) debido a la falta de tierra en el altiplano. Entonces, era selva virgen. Allí se fueron ubicando habitantes de diversas lenguas, ya que los municipios de donde provenían tenían culturas e idiomas distintos, aunque todos fueran indígenas mayas. Al llegar a la selva tuvieron que utilizar el castellano como lengua franca y su cultura se fue homogeneizando y asimilando a la cultura del campesinado ladino, aunque en ese lugar el porcentaje ladino fuera muy bajo. Estando en la selva estalló la guerra a principios de los años 70 y el ejército reprimió a la gente con masacres terribles, como la de una aldea llamada Cuarto Pueblo, donde el 14, 15 y 16 de marzo masacró a 350 personas. Como resultado de la represión, la población se refugió en México, que queda a una o dos horas a pie. Otra gente se huyó de vuelta a sus pueblos de origen. Y por fin, un tercer tipo de gente se quedó en la montaña resistiendo al ejército y sirviendo de base de apoyo a la guerrilla durante más de 10 años. La juventud de ahora era niña entonces y se crió en el refugio mexicano, en la resistencia o en el altiplano y otras regiones del interior de Guatemala. La juventud de ahora, por tanto, es una mezcla de diversas etnias y lenguas, donde privan el castellano y los rasgos más ladinos, aunque se mantenga una identidad indígena sin cuestionamiento. La juventud de ahora, después de tanta inestabilidad hasta la firma de la paz (1996),

* Jesuita, vive en Guatemala. Colaborador con este número de Diakonia.

tiene, tal vez por eso mismo, una conciencia histórica que ha roto la fatalidad de los pueblos tradicionales que aherrojaba su futuro en un círculo repetitivo más inquebrantable que el acero. No, esta juventud cuenta su historia personal y al narrarla siempre la encuadra en los acontecimientos históricos de su pueblo, cosa que no hace toda juventud indígena. Así mismo, es una juventud que repentinamente abre sus ojos al Norte y está fluyendo a un ritmo muy grande hacia EE.UU. Sus padres fueron migrantes internos, fueron refugiados externos y desplazados internos... ellos no pueden menos de sentir en sus piernas esa picazón por descubrir otros lugares donde esperan que vivirán mejor.

He pensado que este artículo puede servir no sólo a la gente que está acompañando a pueblos indígenas, sino también a la que está en lugares campesinos. Existen muchas semejanzas entre el campesinado ladino de Centro América y el campesinado indígena del Ixcán. Además, en algunos lugares, como en la Costa Atlántica de Honduras y de Nicaragua, se aplicaron los mismos proyectos de asentamiento en los años 60 para descomprimir la presión por la tierra de los altiplanos y en esos asentamientos se mezclaron diversas culturas, aunque no fueran indígenas. Piénsese en Tocoa, la cuna de la Reforma Agraria en Honduras. Piénsese en Nueva Guinea de Nicaragua.

Actualmente se dan en las comunidades multilingües del Ixcán tres principales identidades religiosas. La católica, sin más, que abarca la mayoría de la población, en algunas aldeas un 65%, la carismática católica, también llamada de la Renovación, que puede contener un 25% de la población y, por fin, la evangélica, un 10%. Las proporciones son diversas según la aldea donde uno se encuentre. En algunas, la mayoría son ya evangélicos. Hay que hacer notar, sin embargo, que las dos primeras forman parte de la misma religión católica, aunque se diferencien entre sí, a veces con fuertes tensiones, y que a veces el carisma católico se parece más al evangelismo que a la expresión seca de la religión católica sin más apelativo.

Si hablamos de la experiencia religiosa que está viviendo la juventud de las identidades religiosas mencionadas, debemos decir que no hay una sola. Una primera sería la que podríamos llamar la

experiencia de frialdad e indiferencia, que suele definirse como “olvido de Dios”. Otra es la de cierta práctica, pero sin una fe viva, de jóvenes que asisten a veces a las celebraciones de sus Iglesias, pero no les agarra el corazón. Otra, la de jóvenes comprometidos (ellos y ellas) con sus Iglesias. Una cuarta, es la de jóvenes que están atravesando una experiencia religiosa viva, debido muchas veces a crisis de identidad que están pasando. Por último, parece que no hay jóvenes que no crean en Dios, cuya religión, digamos, sea el ateísmo. Es difícil cuantificar a la juventud de acuerdo al nivel de participación y compromiso. Una apreciación general indicaría que la mayoría es fría e indiferente, luego una minoría tiene cierto nivel de práctica, por ejemplo, a veces se aparecen en la Iglesia y luego desaparecen por algún tiempo, y una minoría todavía más reducida es comprometida. Es difícil saber qué porcentaje de la juventud está pasando ese tipo de crisis que reavivan la fe en Dios. Dada la problemática cambiante que sufre la juventud, aunque no se asomen a la Iglesia cuando se encuentran en crisis, podríamos afirmar que es bastante extendido el número de jóvenes que viven a Dios en el interior de su sufrimiento.

No hay una identidad religiosa maya, aunque en los institutos los maestros y maestras indígenas estén inculcando la identidad cultural maya (diferente de la indígena, pero incluyente de la misma). Ni hay una identidad religiosa “costumbrista”, como se suele llamar a la gente tradicional que practica la religión de los antepasados y sólo en la superficie es católica.

La religiosidad evangélica tiende a apartar a la juventud del “mundo”, es decir, de aquellas diversiones que no son religiosas y que tienen el peligro de derivar en borracheras, como los bailes, las películas y hasta el deporte. La carismática católica está en medio de la evangélica y la católica a secas, pues tiene gente joven que participa de esa mentalidad que rechaza al “mundo”, por ejemplo en los gustos musicales, y gente joven que no rechaza esas actividades que considera en sí sanas. La juventud carismática católica en general es más activa en su Iglesia que la simplemente católica. Lo mismo sucede con la juventud evangélica: es más entregada y dócil a su pastor.

El nivel de práctica religiosa y el de compromiso de la juventud con la Iglesia se manifiesta sobre todo en tareas explícitamente religiosas o que son de beneficio de la Iglesia, y apenas en tareas sociales que sean

de beneficio directo a las personas y a la comunidad en esferas distintas de la religión. Tanto jóvenes varones como jóvenes mujeres participan en la liturgia de la misa o en la celebración, organizando las lecturas bíblicas, las peticiones y las acciones de gracias y leyéndolas ante la asamblea. Allí se pone en práctica y se reconoce públicamente la capacidad que tiene el estudiantado de leer ante la asamblea y se anima a la juventud a asimilarse a él. La catequesis de niños es también una tarea común a ambos. Se supone que la juventud entiende mejor a la niñez, a pesar de su interés de distinguirse de ella. También participan en el grupo de jóvenes de la Iglesia, que está formado, aunque con oscilaciones, como por 45, con una especie de junta de coordinación compuesta por 5 jóvenes, varones y mujeres. Especialmente la juventud de la coordinación, dice ayudar con consejo a jóvenes del grupo o de fuera del mismo que les piden ayuda. Por fin, visitan a personas enfermas, aunque parece ser esta más tarea que cumplen las mujeres que los varones.

La tarea propia de los jóvenes varones es dar “mano de obra”, que significa participar en la construcción o arreglo del templo o de locales de la Iglesia y participar en el chapeo periódico (con machete) del predio de la Iglesia. A los varones les toca lo externo de la Iglesia, mientras que a las jóvenes les toca lo que se parece a lo interno de la casa, como barrer y regar agua dentro de la Iglesia y ayudar a las mujeres mayores a cocinar, cuando hay una fiesta y se da algo de comer después de la celebración o la misa. También es tarea propia de los varones la participación en los conjuntos musicales. Esta es una actividad exclusivamente masculina. Las jóvenes ni tocan guitarra, ni el bajón, ni el piano. No porque no puedan, sino porque los conjuntos ¡son! de varones, dicen.

Aunque existe la costumbre de que a la Iglesia asistan más mujeres que varones, debido al tipo de trabajo de estos y a la migración, sin embargo, el testimonio de la juventud que hemos encuestado en alguna aldea indica que los varones son más activos en el desempeño de las tareas mencionadas que las jóvenes. Esto se debe probablemente a que en la cultura indígena la religión ha estado siempre en manos de los hombres y la juventud mantiene algo de esta forma de ser. A las jóvenes les da todavía algo de vergüenza presentarse en público.

El movimiento de la Renovación carismática es parte de la Iglesia católica, asume su autoridad parroquial y asiste a celebraciones y misas con toda la comunidad, pero tiene un entusiasmo religioso más fuerte y externo, con un estilo de orar que ha causado tensiones dentro de la Iglesia. Dentro del movimiento hay un arcoiris de posiciones, desde los más radicales, que casi se han apartado de la Iglesia en algunos momentos, hasta los más integrados dentro de los cargos de la Iglesia. En ese espectro se mueve también la juventud. Hay (o ha habido: fluctúan) “batalleros” y “profecías” o jóvenes que son simples participantes. Es común a su espiritualidad el sentimiento de gozo inmenso y difuso que rompe barreras de tiempo y lugar, el movimiento corporal (no sólo saltos, sino baile y aplausos) como expresión del espíritu y la conciencia de estar penetrados por un gran poder que lucha contra todo mal, personificado en el diablo. Esta conciencia de poder choca frecuentemente con el poder de la jerarquía católica y la conciencia de lucha lleva a algunos miembros (varones y mujeres) al rechazo del “mundo” (fútbol, bailes, canciones románticas...).

La experiencia religiosa personal -no sólo la colectiva de mucha gente que canta, baila y aplaude- se esconde en el corazón de la juventud. No es fácil que la exprese. No es fácilmente expresable. Según el testimonio que hemos oído de algunos maestros y maestras, ya jóvenes adultos, la juventud no tiene esa “fe directa” para sentir y decir que Dios es fuerza y luz, y la juventud va a la Iglesia por costumbre, “no por fe o entrega”. Sin embargo, el testimonio de algunos jóvenes, varones y mujeres, nos muestra que la juventud tiene capacidad para sentimientos religiosos muy ricos. Nos decía una madre soltera que sufrió la crisis de su embarazo precoz con una presencia de Dios constante:

“Yo pensaba sólo en Dios, en Dios, en Dios, como que El era mi amigo, y sé que me va a ayudar. Y como no tenía con quien hablar, sólo estaba en la casa cocinando, cocinando... Después que tuve a la nena y se enfermó y se enfermó y se enfermó. Esos meses, digo... Porque fue un tiempo, un año, sí sentía de verdad que tenía esas ganas de rezar y rezaba. Y tenía palabras que decirle a Dios y no se me terminaba la palabra. Y rezaba con todas mis fuerzas y le pedía a Dios que, por favor,

mi hija... Que me ayude, que me perdone. Y como sé de verdad en mi mente que no engañé y no hice daño a nadie... Y le pedía que me perdone. Y tenía muchas cosas que decirle y nunca se me terminaban."

La oración de esta joven católica no carismática no es una oración de costumbre. Es propia de una mujer que habla con un amigo íntimo y las palabras le salen a borbotones, ininterrumpidamente, por días y días, meses y meses... mientras le dura la crisis de identidad de aceptarse como madre de su criatura. En el corazón de la juventud existe ese tipo de experiencia, porque la juventud está buscando quién es y esa búsqueda es dolorosa, es existencial, toca las raíces del corazón.

La religiosidad de la juventud tiene diferencias con la de las personas adultas. Según la opinión de varios maestros y maestras jóvenes (adultas) podemos concluir en las siguientes notas propias de la religiosidad juvenil. Primera nota, que la religiosidad de la juventud es más realista, más inquisitiva, más técnica, más científica, podríamos decir, "si una cosa no funcionó, es porque no funcionó". Si las cosas tienen explicación, no hay por qué buscar la intervención de Dios. Su religiosidad se funda en una manera de ver el mundo más autónomo de Dios. Segunda, su religiosidad es más práctica. La salvación del otro mundo no le interesa, si no trae salvación en este. "La religión no trae ventaja... Dios no me da comida", dicen. Este estilo práctico, sin embargo, no lo aplican a dar salvación y bienestar a la demás gente, como lo hace la gente adulta. Piden de Dios ventaja, pero no la dan a las demás personas. Su religiosidad se centra, cuando participan en la Iglesia, más en cosas de Iglesia, como vimos arriba. Parecería que esto se debe a que por ser todavía jóvenes y débiles de poder y reconocimiento comunitario, no sienten que les toca la transformación comunitaria. Tercera, su religiosidad es inconstante, no tiene raíces profundas, depende mucho del contorno. Por eso, parece contradictoria. En la tarde está el joven en el grupo de la Iglesia y en la noche está robando. De repente es "batallero" y al año ya le abandonó el don. Son practicantes, pero luego se les ve tomando. Se enraízan en la Iglesia, pero, cuando uno menos siente, ya se fueron a EE.UU. Están hablando a Dios como amigo, pero al año ya se sienten desganadas de ir a la Iglesia, secas, sin palabras de oración. Se casan y se les esfuma el carisma de "la profecía".

Luego, nos preguntamos, ¿por qué la juventud se aleja de la religión? Funcionan algunos “clichés”, es decir, ideas fijas que tienen algo de cierto y que corren entre la juventud, especialmente masculina. Como esos clichés tienen algo de cierto, la religión y las Iglesias tienen responsabilidad también en su formación. Primero, dicen: “como uno es joven hay que aprovechar”. En esta expresión se esconde la conciencia de ser joven, la experiencia de estar descubriendo su ser con tantas posibilidades de vivir la vida. Tan distinto del ser de la gente adulta. Capaz de divertirse, de bailar y parrandear, de amar, de probar sexo, de romper la barrera de la droga..., siguiendo, contradictoriamente, el ejemplo de mayores. Segundo, dicen: “Dios no me da comida y si no trabajo, no como”. En este dicho se esconden dos cosas, por un lado, la molestia que causan los jóvenes “religiosos” por la denuncia que les hacen a “los mundanos”, y por otro, la contrarréplica de los mundanos de que los religiosos no trabajan, sino que se la pasan rezando. Es decir, que los muy religiosos, por mucho que se crean modelo, fallan en algo sustancial que es la virtud del trabajo. Esa hostilidad callada se refleja también en el ambiente de vigilancia de la gente no muy religiosa en general sobre la conducta de la juventud religiosa para ver si son hipócritas e inconsecuentes con lo que predicán. Tercero, dicen: “lo moderno y la tecnología nos lleva por otro camino”. La religión no deja de ser una señal de atraso, una característica de la gente vieja, opuesta a la moda... Esta expresión tiene que ver con la religiosidad práctica y científica, que decíamos arriba. Cuarto, “me vale la palabra de Dios”. Esta juventud no se detiene a pensar en el sentido de su vida. Aunque está en búsqueda, no atiende a las voces de esa búsqueda. No quiere pensar, sólo gozar el momento. Por eso, no le atrae la palabra de Dios, “le vale”, no tiene oídos para ella. Su búsqueda está más orientada al dinero, que es el dios que se le va presentando como el que le abrirá el horizonte. Quinto, “no me da ganas de ir a la Iglesia y busco pretextos”. Los pretextos son de todas las formas, como que vivo muy lejos de la Iglesia, hace mucho calor, estoy muy ocupada, me duele la cintura... pero en el fondo lo que pasa es que “no me dan ganas”.

Hay otros espacios que me han robado el interés, donde me siento más a gusto. Las actividades de esos espacios son muy exigentes de mi tiempo. Un espacio es el deporte, cuyo horario choca a veces con la

celebración. La juventud se va a jugar en vez de ir a rezar. Otro espacio es el instituto, donde no se da formación religiosa y muchos jóvenes se sienten en su casa, por el mundo nuevo de amistades que han encontrado allí. Si a veces los horarios del instituto han chocado con la celebración, se le da a entender a la juventud estudiosa que la religión no vale frente al estudio.

Le preguntábamos a la misma joven madre soltera cómo explicaba su sentimiento de desgana religiosa después de haber estado durante tres años en esa consolación frente al Dios amigo. Nos dice:

“No sée, casi ya no me da gana de ir a la Iglesia. Y más cuando me duele la cintura, ya no quiero. ‘Ya no quiero, me duele’. Y está lejísimos. Lejísimos... Bueno, ese es un pretexto para decir, porque si uno quiere, pues, no le importa lo lejos o donde uno esté. Y queda un poco lejos para mí. ‘¡Ay, muy lejos, caloor...!’ y ya... Bueno, y en fin me desanimo. Y si tengo trabajo, ya lo dejo allí. ‘Ya no voy a ir’. Ya no. Y como ingresamos al instituto a veces siempre un día domingo, un día domingo, cuando vamos allí al instituto... Siempre ingresamos a las dos de la tarde. Y entonces, tengo que dejar lavada la ropa o preparado allí todo... la ropa de la niña y todo lo que me hace falta, mi maíz, mi frijol, tengo que buscarlo, librearlo, medirlo, y ya... ¡Ya no voy, ya no voy!”

Así como la droga y el trago alejan de la religión, así la experiencia religiosa puede alejar del “vicio”, cuando por fracasos del joven, este entra a pensar en su vida y se terremotea su existencia. Un terremoto existencial puede ser el sufrimiento de la migración. Hay jóvenes que han encontrado a Dios en EE.UU. Son momentos de chorros de emotividad. Allí se da experiencia religiosa. Pero parece, por lo poco que oímos de este tipo de testimonios entre la juventud, que esto no sucede sino a edades un poco más avanzadas.

Pasemos ahora a ver qué hace la Iglesia con la juventud. Enfoquémonos en el grupo de jóvenes que se trata de organizar en cada comunidad o aldea. El grupo de esta aldea donde estuvimos más tiempo estaba compuesto en el 2003 de los siguientes elementos. Inscritos estaban como 45 jóvenes, señoritas y varones, pero sólo asistían como 20 ó 25 a las reuniones del domingo. Algunos eran estudiantes, otros no. Todos eran solteros. Cuando alguien se casa, ya deja el grupo. Había cinco

coordinadores, aunque uno se había ido a EE.UU. En la coordinación había varones y mujeres. La coordinación se reunía los sábados para preparar la reunión del domingo. De la coordinación también salía la representación del grupo para la reunión de coordinadores de todas las comunidades de la parroquia, donde había grupo de jóvenes, porque no en todas las comunidades los hay. El grupo más fuerte que le ha dado vida a los demás en algunos momentos ha sido el de esta comunidad. Las tareas que se hacían, eran, como ya vimos antes, preparar la liturgia (lecturas), dar clases a niños y niñas de primera comunión, visitar gente enferma, pasar las encuestas para el estudio sobre la juventud, hacer dramatizaciones... Algunas de estas tareas tenían su coordinador o coordinadora, diferente de los cinco. Por ejemplo, había una coordinadora de encuestas. Con el tiempo, la coordinación de dramatizaciones se ha convertido en un grupo aparte, que es el del teatro, donde ya hay elementos del grupo de Iglesia, pero no todos los miembros del grupo de teatro son miembros del grupo de jóvenes. Así funcionaba el grupo en 2003. Hemos querido mencionar la fecha, porque los grupos juveniles son muy flexibles. A veces, como el acordeón, se ensanchan, a veces se enflaquecen. Entran en crisis, para de nuevo renacer.

¿Cómo nacieron los grupos de jóvenes? Desde el tiempo del refugio y de la resistencia había trabajo de Iglesia con la juventud. Pero no es sino cuando se instituye la parroquia Candelaria de los Mártires (1994), cuando se comienzan los grupos de jóvenes en diferentes comunidades, como funcionan hoy. Pueblo Nuevo se convirtió en el centro de la parroquia. No es de extrañar, por eso, que aquí el grupo haya sido siempre más fuerte. Por ser ya parroquia, la Iglesia ya tuvo una pastoral sacramental, es decir, todas las actividades y estructuras necesarias para preparar a las personas a recibir los sacramentos de la Iglesia, como el bautismo, la eucaristía, la confirmación, el matrimonio, etc. De la pastoral sacramental de dos sacramentos, eucaristía y confirmación, nacieron precisamente los grupos de jóvenes. Para preparar a la niñez a la primera comunión se integró a jóvenes, varones y mujeres, como "catequistas de niños". A veces esos jóvenes eran maestros o maestras. Eso, respecto al sacramento de la eucaristía. Respecto al de la confirmación: después de haber preparado a adolescentes para la confirmación, se les invitó a entrar en el grupo

de jóvenes. Los grupos, entonces, nacieron de jóvenes que desempeñaban las tareas de catequistas de niños y de jóvenes que habían recibido la confirmación. A veces, como el caso de una muchacha en quien estoy pensando, primero recibió la confirmación, después entró al grupo de jóvenes y por fin comenzó a dar clases de primera comunión. A este proceso de generación del grupo de jóvenes desde los sacramentos y al mantenimiento de los grupos a partir también de los sacramentos es a lo que el párroco llama "la rueda", porque cada año va dando vuelta, y, así como hay jóvenes que van dejando el grupo al casarse, al hacerse mayores o al emigrar, así hay jóvenes que van entrando. El grupo de jóvenes no es para miembros que siempre van a estar allí. Tienen que entrar y salir. Y la rueda va dando vuelta, va metiendo jóvenes y va sacando jóvenes. Esta rueda es la que alimenta y mantiene el grupo de jóvenes. Si esta rueda no funciona bien, el grupo se marchita, se seca y se muere.

También ayudan mucho para mantener al grupo con vida tres cosas principales. La primera y principal, la atención sistemática a los grupos. Esto quiere decir que en la parroquia debe haber alguien, como un joven jesuita en 2003, que visitaba frecuentemente y con calendario en mano a los grupos y los animaba. La organización en grupos juveniles, hay que tenerlo claro, no nace de la iniciativa juvenil, sino de la iniciativa de la Iglesia. No es una organización madura y con poder, como una cooperativa que se sostiene a sí sola. Entonces, necesita de esta atención constante. La segunda es que los grupos se acomoden a los gustos de la juventud. Es decir, que haya cosas que hacer. Como decía el joven jesuita, "lo que empila a los jóvenes es hacer cosas más que recibir temas". Hace falta la reflexión sobre temas para que se vayan formando, pues el grupo no es sólo para pasar el rato, sino para transformar la sociedad. Pero la mejor reflexión es la que se combina con la acción, con la toma de cargos y responsabilidades, con la organización de eventos, con experiencias de solidaridad, como construir casas de la gente terremoteada en El Salvador, y, también, con dinámicas. Y la tercera, es que haya encuentros de jóvenes de distintas comunidades y parroquias, e incluso de distintas organizaciones que no son de Iglesia. Allí se siente el montón, se electrizan, se foguean por dentro, salen encantados, conocen jóvenes de otras partes, a veces se

enamoran... El peligro, como dice el párroco, es que los grupos descansen solamente sobre los encuentros. Entonces, son llamada de tusa. Se enciende una hoguera, pero la tusa luego se quema y se apaga el fuego. No quedó nada. Podemos engañarnos al creer que los encuentros son la mamá de los grupos, cuando ya dijimos que la mera mamá es la rueda de los sacramentos. E ilusionarnos falsamente con la idea de que a base de encuentros se mantendrán. No. Hace falta la visita sistemática. Si no, la juventud se olvida, se distrae, y no se junta. Y si no se junta, no planifica actividades. Las actividades no nacen solas.

Si no se conocen los obstáculos, no se saben sortear. El primer obstáculo, ya lo mencionamos, es que sus miembros son transitorios. Lo más que duran en el grupo son unos 6 años, de 14 años en que entraron a 20 años, en que ya se consideran como que no pertenecen al grupo, si es que no se han casado antes y ya lo han dejado. Así son los grupos de jóvenes: son rueda. Se montan y dan 6 vueltas y ya salen. El segundo es la migración temporal a México o cuasi definitiva a EE.UU. La migración es como si a la segunda vuelta de la rueda ya se salen y se van. La rueda sigue dando vuelta, pero medio vacía, y eso desanima a la juventud. No hay cosa que más desanime a la juventud que verse sola, dos o tres tristes tigres y arrinconados. El tercero es la falsa motivación de los miembros del grupo. Si sólo van al grupo para pasar el rato, para encontrar chavas ellos, para buscar novio ellas... y no tienen un granito de sal de compromiso, entonces el grupo se desarma a la menor dificultad o el grupo da origen a chismes. La gente mayor, especialmente los catequistas, están viendo a la juventud con ojos muy abiertos para detectar sus faltas. Contaba un sacerdote joven: "hace cuatro años los jóvenes le dieron una vida brutal a la Iglesia de Ixtahuacán Chiquito, pero se deshizo el grupo por chismes, porque había muchas mujercitas bonitas y sólo uno o dos muchachos". Un cuarto obstáculo son las divisiones internas al grupo, a veces suscitadas por envidias personales, a veces por situaciones estructurales, como por ejemplo, divisiones entre estudiantes y no estudiantes, o divisiones entre los que participan en el teatro y los que no. La atención sistemática de la Iglesia es muy necesaria para detectar estas divisiones y la juventud, si quiere ser ayudada, tiene que ser clara con la persona que la acompaña. Si se tapan los problemas, no se llega a la reconciliación, no se crece, no se forman. La división puede ser como un leño metido en un engranaje: detiene la rueda y de repente la puede

quebrar. Un quinto y último obstáculo es el paternalismo. Es cierto que los grupos de jóvenes sin el apoyo y la atención exigente de la Iglesia se desvencijan y la juventud se dispersa. Sin embargo, no es formativo que todo se les dé hecho y regalado. Si algo no cuesta, no se aprecia. Hay pobreza y no hay dinero, es cierto. Pero aparece la juventud a veces más pobre de lo que realmente es. Tiene dinero para otras cosas. El joven sacerdote pagó el viaje para ir al campamento en El Salvador, pero en el camino una jovencita sacó 70 Quetzales para comprar un reloj. El paternalismo es el vicio que consiste en tratar a una persona responsable como si fuera niño o niña. La juventud se quiere distinguir de la niñez. Es ya distinta de la niñez. Si se la trata como niña, entonces se queda así, no crece. Ese es el último obstáculo que mencionamos. Hay otros, pero tal vez, estos son los principales.

Para sortear los obstáculos la línea de los grupos es muy importante. Muchas veces la juventud no se fija qué línea llevan, porque ordinariamente la pone la parroquia o la persona que asesora al grupo. La línea es “el a dónde” de los grupos: a dónde va el grupo. A dónde lo queremos llevar. A qué blanco apuntamos. Esa es la línea. Es importante que la juventud reflexione sobre este punto, para evitar dependencias y paternalismos y para decir su propia opinión. A veces la línea orienta a los grupos a tratar cosas que tienen que ver con la situación personal, sexual y familiar. Eso tal vez le gusta a la juventud, porque está en un momento romántico de descubrimiento del propio cuerpo y de su ser. A veces, en cambio, la línea los orienta a cosas que tienen que ver con los derechos humanos, la explotación y la política. Eso no le gusta mucho a la juventud y entonces la rechaza, no participan, dejan de venir. Pero también hay una línea más integrada que procura unir las dos anteriores, ya que la situación personal no se puede entender sin el contexto social y estructural y la estructura de la sociedad no se cambia sino desde las personas. Ni dejar los sentimientos a un lado, ni dejar la reflexión sobre los grandes problemas sociales. Si la línea de los grupos es acertada, entonces los grupos edificarán una Iglesia sobre la roca, o tal vez, usando una metáfora más actual, una Iglesia red que transforme la sociedad que se está gestando. Piénsese en la migración.